

para la buena defensa, no tuve para cohechar al escribano, estaba el juez enojado, y echóse á dormir el procurador; pues el solicitador, pajas. Ya no habia sustancia en el gajo, fuéronse las avispas, dejáronme solo; confirmaron la sentencia, con que los azotes fuesen vergüenza pública, y las galeras por seis años. Cuando me vi galeote rematado, rematé con todo al descubierto; jugaba mi juego sin miedo ni vergüenza, como esclavo del rey, que nadie tenia ya que ver conmigo. Pero muy consolado, que también á mi camarada Soto lo condenaron á lo mismo, y salimos en una misma colada. Y así como estuvimos en la prisión juntos y en un calabozo, y pasamos la misma carrera, quisiera que nos conserváramos; á él y á mí nos hubiera ido mejor; mas como verás adelante, salióme zaino. Era muy gentil aserrador de cuesco de uva; siempre habia de ser su *taza de profundis*, que hicióse medio azumbre, y esto lo descompuso en el ansia, que por haberse puesto á orza, cantó llanamente á las primeras vueltas.

Viéndome ya rematado, y sin algun remedio ni esperanza del, quise probar mi ventura; mas no la tuve nunca, y fuera milagro, que no me faltaba entonces. Hiceme por quince dias enfermo, no salí del calabozo, ni me levanté de la cama, y al fin dellos, ya tenia prevenido un vestido de mujer, con una navaja me quité la barba y vestido, tocado y afeitado el rostro, puesto mi blanco y poco de color; ya cuando quiso anochecer, salí por las dos puertas altas de los corredores, que ninguno de los porteros me habló palabra; y tenian ambos buena vista, sus ojos claros ó sanos; mas cuando llegué abajo á la puerta de la calle, y quise sacar el pié fuera, puso el brazo delante del postigo un portero tuerto de un ojo, que á Dios pluguiera y del otro fuera ciego, detúvome, y miróme, reconocíome luego, y dió el golpe á la puerta. Yo iba prevenido de muy gentil terciado para lo que pudiera sucederme: quiso mi desgracia que lo saqué á tiempo que ya no me pudo aprovechar; crimióse con esto mi delito, hicieronme volver arriba, y fulminándome nueva causa, me remataron por toda la vida. Y no fué poca cortesía, no pasarme con aquel vestido, como se hizo alguna vez con otros. *Pensé huir el peligro, y di en la muerte.*

CAPITULO VIII.

Sacan á Guzmán de Alfarache de la cárcel de Sevilla, para llevarlo al puerto á las galeras; cuenta lo que pasó en el camino y en ellas.

Galeote soy, rematado me veo, vida tengo de hacer con los de mi suerte, ayudarles debo á las faenas para comer con ellos. Hiceme de la banda de los valientes, de los de Dios es Cristo; púsemme mi calzon blanco, mi media de color, jubon acuchillado y paño de tocar, que todo me lo enviaba mi dama, con esperanzas que aun habia de pasar aquel tiempo, y habia de tener libertad. Con esto y cobrando mis derechos de los nuevos presos, pasaba gentil vida y aun vida gentil; que tal es la de los tales, como yo, cuando se hallan allí en aquel estudio. Cobraba el aceite, prestaba sobre prendas un cuarto de un real por cada día, estaba á los que entraban, dábales culebras, libramientos y pesadillas, porque allí aunque se conoce á Dios, no se teme: tiénelo perdido el respeto como si fueran paganos; y por la mayor parte los que vienen á semejante miseria son rufianes y salteadores, gente bruta; y por maravilla cae, ó por desdicha grande, un hombre como yo; y cuando sucede, acaso es que le ciega Dios el entendimiento, para por aquel camino traerlo en conocimiento de su pecado, y á tiempo que con la clara vista lo conozca, le sirva y se salve.

Hubo en mi tiempo un rufián, que teniéndolo sentenciado á muerte, y puesto en la enfermería para sacarlo el día siguiente á justiciar, viendo jugar en tercio á los que lo guardaban, se levantó del banco, y se fué para ellos,

como pudo, con sus dos pares de grillos y una cadena, y preguntándole dónde iba, dijo: «acá me vengo á pasar el tiempo un rato.» Las guardas le dijeron, que se ocupase rezando y encomendándose á Dios, y respondióles: «ya tengo rezado cuanto sé, y no tengo mas que hacer; barajen y echen por todos, y tráigase vino, con que se ahogue esta pesadumbre.» Dijéronle ser muy tarde, que ya estaba cerrada la taberna, y dijo: «diganle á ese hombre que es para mí; basta, no digan mas, y juguemos, que juro á Cristo, que no entiendo en lo que ha de parar este negocio.» A este son bailan todos: otros hay que se mandan hacer la barba y cabello para salir bien compuestos, y aun mandan escarolar un cuello almidonado y limpio, pareciéndoles que aquello, y llevar el bigote levantado, ha de ser su salvacion. Y como en buena filosofia, los manjares que se comen vuelven los hombres de aquellas complexionas, así el trato de los que se tratan; de donde se vino á decir: *no con quien naces, sino con quien paces.*

Ya yo era uno destos, y como bárbaro queria ocupar un poco de dinerillo que tenia, en alquilar uno de aquellos bodegones de la cárcel; mas temiendo el día que pudieran tocar al arma, y por no dejar perdido el empleo, no lo hice, y acertélo; que como ya hubiese número de veinte y seis galeotes, y trujésemos inquieta la cárcel, tenió el alcaide no le hiciésemos algun guzparato por donde nos desapareciésemos: hizo diligencia en descargarse de nosotros. Un lunes de mañana nos mandaron subir arriba, y dando á cada uno el testimonio de su sentencia, nos fueron aberrojando, y puestos en cuatro cadenas, nos entregaron á un comisario, que nos llevase nuestro poco á poco un rato á pié y otro paseándonos. Desta manera salimos de Sevilla con harto sentimiento de las izas, que se iban mesando por la calle, arañándose las caras por su respeto cada una, y ellos, los sombreros bajos encima de los ojos, iban como corderos mansos y humildes; no con aquella braveza de leones fieros que solian, y porque no les valia hacerlos. No puedo negar haberlo sentido mucho, acordándome de tanto tiempo bueno como por mí pasó, y cuán mal supe ganarlo. Vinome á la memoria: «si esto se padece aquí; si tanto atormenta esta cadena; si así siento aqueste trabajo; si esto pasa en el madero verde, ¿qué hará el seco? ¿Qué sentirán los condenados á eternidad en perpetua pena?» En esta consideracion pasé las calles de Sevilla, porque ni mi madre me acompañó ni quiso verme, y solo fui solo entre todos.

Caminábamos á espacio, segun podíamos, y era harto poco, porque cuando yo iba libre, queria detenerse mi compañero á lo que le hacia necesario. El otro iba cojo de llevar el pié descalzo, y todos los mas muy fatigados. Eramos hombres, y como tales, en sentir ninguno se nos aventajaba. ¡Oh condicion miserable nuestra, y á cuántos varios y miserables casos estamos obligados! Llegamos á las Cabezas, y al salir dellas una mañana, ya que tendríamos andado poco mas de media legua, devisó uno de nosotros á un mozueto, que venia acia el pueblo con una manada de lechoncillos de cria, y pasando la palabra de unos en otros, nos pusimos en ala, como si fueran las galeras del turco, y hecho de todos una media luna, les acometimos de tal orden, que cerrando los cuernos delanteros, nos quedaron en medio, y á bien librar del mozueto, venimos á salir á lechon por hombre. Bien que dió gritos, haciendo exclamaciones, pidiéndole al comisario que por un solo Dios nos los mandase volver; mas él se hizo sordo, como quien habia de ser el mejor librado, y nosotros pasamos adelante con la presa.

Cuando á la venta llegamos á sestar, quisiera el comisario que partiéramos el hurto con él; que pues habia sido consentidor, tenia la misma parte que cualquier agresor. Mandó que le asasen uno, y sobre cuál habia de dar el

suyo se levantaba un alboroto de la maldicion, porque no habia en todos nosotros tres que tuviesen uso de razon. Cuando vi el motin, y que pudiera justamente hacerme á mi mas cargo por de mas entendimiento, dije: «señor comisario, aqui tiene vuestra merced el mio á su servicio, y si gustare dello, pues hay harta gente de guarda, mande vuestra merced que me deshieren, que yo se lo aderezaré de mi mano, que aun reliquias me quedaron de tiempo de un buen cocinero.» Agradecióme mucho el cumplimiento, y dijo: «verdaderamente, después que vienes á mi cargo, he reconocido en tí cierta nobleza, que debe proceder de alguna buena sangre; yo te agradezco el presente, y holgaré comerlo como lo tienes ofrecido.» Sacóme de la cadena, y encomendándome á las guardas, pedí el recaudo que fué necesario, y segun el malo que allí habia, no pude mas que sazorarle bien de asado, con sus huevos batidos y sal. Quisiérale hacer algun relleno, me faltó lo necesario; hiciéle una salsa de los higadillos que le supo muy bien.

Habian llegado en la misma ocasion unos pasajeros, los cuales no poco les pesó de hallarnos allí, por parecerles que aun las orejas no tenian seguras de nosotros. La mesa en que habian de comer era una banca larga llegada junto á un pozo; la comida se aderezó para todos junta, el comisario les hizo cumplimiento, sentáronse los tres á la hila, y el uno dellos tomó su portamanteo, y poniéndolo á sus piés debajo de la mesa, puso también unas alforjas en que traía queso, la bota del vino y un pedazo de jamon, y para poderle sacar mejor, desvió por delante un poco el portamanteo, dejando las alforjas entre medias del y de sus piernas. Yo, cuando vi que tanto se recataba, sospeché que no sin causa; y pidiéndole un cuchillo á la huéspedes, lo metí en el brazo por entre la manga, y poniéndolo un barreño grande con agua debajo de la mesa, y en él una garrafa de vino á enfriar para servir al comisario, cada vez que me bajaba para querer dar vino trabajaba un poco en el portamanteo, hasta que habiéndole quitado las hebillas y dándole una gentil cuchillada, pegada con la cadena, saqué del dos envoltorios pequeños y algo pesados, los cuales acomodé por luego en los calzones, y volviendo á ponerle las hebillas, quedó todo cubierto, sin dejarse ver alguna cosa del hurto. Acabaron de comer, alzóse la mesa, y hecha la cuenta se fueron los forasteros, y nosotros comenzamos á querer alinear para querer también hacer lo mismo. Soto, mi camarada, iba en otra cadena diferente, que no poca pena me daba no poder ir hablando con él; mas antes que me herrasen, lleguéme á él de secreto, y diéle los dos lios que me los guardase para poder después en mejor ocasion saber lo que llevaba; recibílole alegremente, y matando su lechoncillo sin que se lo sintiese alguno, se los metió en el cuerpo, y abocóle las asadurillas á la herida, de manera que no se cayesen, y mejor pudiese tenerlos encubiertos. Ya cuando me quisieron meter en la cadena, rogúele al comisario me hiciese merced en acomodarme con mi camarada, y él de muy buena gana lo hizo: sacó á uno de los de aquel rama, y trocónos.

Ibámos caminando perezosamente, segun costumbre, y á pocos pasos andados, díjeme á Soto: «¿qué os digo, camarada? ¿Dónde guardaste aquello?» El, como si no me conociera ni le hubiera dado alguna cosa, se hizo tan de nuevas, que me hizo sospechar si acaso habria bebido al uso de la patria, y estaba trascordado; ibale haciendo recuerdos de cuando en cuando, y él negaba siempre, hasta que me oíme me dijo: «¿venis borracho, hermano? ¿Qué me pedis, ó qué pedistes, que ni os entiendo ni os conozco?» No puedo exagerar el coraje que allí recibí de semejante ingratitud en un hombre á quien yo tanto habia regalado siempre, que bocado no comí sin que con él partiese, ni real tuve de que no le diese medio, y que también habia de tener en aquello su parte, que me ne-

gase amistad y lo que le habia dado. El era de mala digestion; alborotóse á mis palabras, desentonó la voz con juramentos y blasfemias, que obligaron al comisario á quererlo castigar con un palo. Yo, confiado en la merced que me hacia, le supliqué lo dejase, porque iba enojado; y queriendo saber la causa de tanta descompostura, y viendo que ya se queria quedar con todo, hice mi cuenta: si al comisario le digo lo que pasa, podrá ser que ya que no todo, á lo menos partirá conmigo y tocaré algo siquiera; no se ha de quedar este ladrón con ello riéndose de mí. Determinéme á contarle lo sucedido, que no poco se debió de holgar por la codicia que luego le nació de quitárnoslo á entrambos. Mandóme á Soto, que luego diese lo que le habia dado; nególo valentísimamente; hizo que las guardas lo buscasen; hicieron su diligencia, y no le hallaron memoria dello: creí que también él hubiese hecho lo que yo, dándole á otro. Díjele al comisario, que sin duda lo habria reunido entre los mas que íbamos allí, porque real y verdaderamente yo se los di. El, viéndome palabras blandas, amenazas ni otro algun medio era parte á que lo manifestase, mandó hacer alto para hacerle dar tormento; y como allí no habia otros instrumentos mas que cordeles, diéronselo en las partes bajas; y en comenzando á querer apretar, por ser tan delicadas y sensibles, y él, que siempre fué de poco ánimo, confesó donde los llevaba. Luego le quitaron el lechon (que aun también se quedó sin él), y sacados los lios para ver lo que iba en ellos, hallaron en cada uno un rosario de muy gentiles corales con sus extremos de oro, que debian ser encomiendas diferentes. El se los echó en la faltriquera, prometiéndome hacer amistad por ello, y darme lo que yo quisiese. Soto se indignó contra mí de manera, que fué necesario volvernos á dividir; porque aun divididos, le pusiéron guadañones á los pulgares, en cuanto iba caminando, porque cuando hallaba guijarros, me los tiraba.

Con este trabajo llegamos á las galeras, á tiempo que las querian despallar para salir en corso; y antes de meternos en ellas nos llevaron á la cárcel, donde pasamos aquella noche con la mala comodidad que las pasadas, y allí peor por ser estrecha y estar ocupada; mas como tal cual así la llevamos, y habia de ser por fuerza, pues no podíamos, aunque quisiéramos, arbitrar ni escoger. Habló el comisario con los oficiales reales. Vinieron con los de las galeras y el alguacil real, y habiéndonos ya reseñado y hecho nuestros asientos, dieron su recaudo del entrego al comisario, y diciéndome que me veria y lo haria muy bien conmigo, tomó su mula y acogióse, que nunca mas lo vi. Para querernos pasar de la cárcel á las galeras, antes de sacarnos hicieron en ellas repartimiento, y á seis de nosotros nos cupo ir juntos á una; y mis pecados, que así lo quisieron, el uno dellos era Soto mi camarada. Luego nos entregaron á los esclavos moros, que con sus lanzones vinieron á llevarnos, y atándonos las manos, con los guardines que para ello traian, fuimos con ellos. Entramos en galera, donde nos mandaron recoger á la popa, en cuanto el capitán y cómitre viniesen para repartirnos á cada uno en su banco; y cuando llegaron, anduviéronse paseando por cruja, y los forzados de una y otra banda comenzaron á darles voces, pidiendo que se les echasen á ellos: unos decian que tenian alli un pobreto inútil; otros, que cuantos habia en aquel banco todos eran gente flaca, y viendo lo que mas convenia, cumpome á mí el segundo banco adelante del fogon, cerca del rancho del cómitre, al pié del árbol, y á Soto le pusieron en el banco del patron. Díome pena tenerlo tan cerca de mí por la enemistad pasada, que nunca mas pudimos digerirnos el uno al otro; él á lo menos, que tenia corazon crudo; porque yo jamás le negué amistad, ni le habia de faltar en lo que me hubiera menester; mas él quisiera que como el comisario se alzó con todo, se lo

hubiera dejado; y lo hubiera hecho, si tan mal pago creyera que había de darme.

Cuando me llevaron al banco, diéronme los del el bien venido, que trocara de buena gana por un bien escusado; diéronme la ropa del rey; dos camisas; dos pares de calzones de lienzo; almilla colorada; capote de jerga y bonete colorado. Vino el barberote, raparonme la cabeza y barba, que sentí mucho por lo mucho en que lo estimaba; mas acordéme que así corría todo, y que mayores caídas habían otros dado de mas alto lugar: quité los ojos de los que iban adelante, y volvílos á los que venían detrás, que aunque sea verdad ser la suma miseria la de un galeote, no la hallaba tanta como mi primero mal casamiento; y consoléme con los muchos que semejante tormento quedaron padeciendo. El mozo del alguacil se llegó luego á echarme una calceta y manilla, con que me asíó á un ramal de los mas mis camaradas; diéronme mi ración de veinte y seis onzas de biscocho. Acertó á ser aquel día de caldero, y como era nuevo y estaba desprovisto de gábita, recibí la mazamorra en una de un compañero. No quise remojar el biscocho, comílo seco á uso de principiante, hasta que con el tiempo me fui haciendo á las armas. El trabajo por entonces era poco, porque como se concertaban las galeras, y estaban despalmadas, no servía de otra cosa toda la chusma, que de dar á la banda cuando nos lo mandaban, porque no se derritiese con el sol el sebo. Todo el vestido que metí en la galera lo junté y vendí: hice dello algun dinerillo, el cual junté con otro poco que saqué de la cárcel, y no sabía cómo ni dónde poderlo tener guardado con secreto, para socorrer algunas necesidades que se suelen ofrecer, ó para hacer algun empleo con que poder hallarme con seis maravedis, cuando los hubiera menester; y como ni allí tenía cofre, arca ni escritorio cerrado adonde poderlo guardar, me trujo un poco inquieto sin saber qué hacer dél. En tenerlo conmigo, corría peligro de los compañeros; darlo á tercero, ya tenía experiencia de la mala correspondencia. Todo lo via malo, hube de pensarlo bien, y resolvíme que no podría darle mejor lugar y secreto que arrimado al corazón: otros lo tienen adonde ponen su tesoro, y púselo yo al revés. Busqué hilo, dedal y aguja, hice una landre, donde, cosiéndolo muy bien, lo traía puesto, como dicen, al ojo, libre de sus amigos, enemigos míos, que siempre me lo andaban acechando, en especial un famoso ladrón camarada mio de junto á mí, que no fué posible hurtarme dél á media noche y á oscuras, para guardarlo en aquella parte; porque cuando me sentía dormido, me visitaba todo al tiento; y como las alhajas no eran muchas, eran fácilmente visitadas; recorrióme la mochilla, el capote y los calzones, hasta que vino á dar con el almilla, que mejor la pudiera llamar alma, pues con aquel calor vivificaba la sangre con que la sustentaba. Su cuidado era mucho en robarme, y no menor el mio en recelarme, que si alguna vez me la desnudaba, de tal manera la ponía, que fuera imposible no llevándome acuestas, poderme saca de abajo.

Con esta solicitud caminaba y estuve mucho tiempo, en el cual, como considerase que donde quiera que un hombre se halle, tiene forzosa necesidad para sus ocasiones de algun ángel de guarda, puse los ojos en quien pudiera serlo mio; y después de muy bien considerado, no hallé cosa que tan á cuento me viniese como el cómitre, por mas mi dueño; que aunque sea verdad que lo es de todos el capitán, como señor y cabeza, nunca suele por su autoridad empacharse con la chusma: son gente principal y de calidad, no tratan de menudencias ni saben quién somos. También, porque lo tenía por mas vecino, y como á tal pudiera regalarlo con facilidad, y por ser el que tiene mando y palo. Desta manera me fui poco á poco metiendo de cuña en su servicio, ganando siempre tierra, procurando pasar á los demás adelante, tanto en

servirlo á la mesa, como en armarle la cama, tenerle aderezada y limpia la ropa, que á pocos días ponía los ojos en mí: no pequeña merced recibía que se dignase de verme, pareciéndome, cada vez que me miraba, una bula ó indulto de azotes, y que me dejaba con esto absuelto de culpa y de pena. Mas engañéme; porque como naturalmente son ásperos, y se buscan tales para tal oficio, nunca ponen los ojos para considerar ni agradecer lo bueno, sino para castigar lo malo; no son personas que agradecen, porque todo se les debe. Matabale de noche la caspa, traíale las piernas, hacíale aire, quitábale las moscas con tanta puntualidad, que no había príncipe poderoso mas bien servido; porque si le sirven á él por amor, al cómitre por temor del arco de pipa ó anguila de cabo, que nunca se les cae de la mano; y aunque sea verdad que no es aqueste modo de servir tan perfecto y noble como otro, á lo menos pone mayor cuidado el miedo.

Entre unas y otras, cuando lo via desvelado, lo entretenía con historias y cuentos de gusto. Siempre le tenía prevenidos dichos graciosos, con que provocarle la risa, que no era para mí poco regalo verle alegre la cara. Ventura tuve con él acerca deste; y mereciólo mi buen servicio, porque ya no quería que otro le sirviese las cosas de su regalo, sino yo; en especial que tenía sobre ojos á un forzado que antes que yo le había servido; porque con tratarlo bien, siempre andaba desmedrado, y cada día se iba mas consumiendo: dábale pena verlo, pues con tener mejor vida que los otros, y tanto, que le daba de comer de su mismo plato y de lo mejor; era como los potros de Gabete, que cuanto mas bien los piensan, valen menos y son peores. Viéndonos juntos una tarde sirviéndole á la mesa, me dijo: «Guzmán, pues tienes letras y sabes, ¿no me dirías agora, qué será la causa que habiendo Fermín entrado en galeras robusto, gordo y fuerte, habiéndole procurado hacer amistad, teniéndole en mi servicio, no comiendo bocado que con él no le partiese, tanto se desmedra mas cuanto yo mas le acaricio?» Entonces le respondí: «señor, para satisfacer á esa pregunta, seráme necesario referir otro caso semejante á este, de un cristiano nuevo y algo perdigado, rico y poderoso, que viviendo alegre, gordo, lozano y muy contento en unas casas propias, aconteció venirsele por vecino un inquisidor, y con solo el tenerlo cerca, vino á enflaquecer de manera, que lo puso en breves días en los huesos, y juntamente daré á entrambos la absolucion con otro caso verdadero, y fué desta manera.

«Tuvo Muley Almazor (que fué rey de Granada) un muy gran privado suyo, á quien llamaron el alcaide Buferriz, hombre muy cuerdo, puntual, verdadero y otras muchas partes dignas de su mucha privanza, por las cuales el rey lo amaba, y tanto por la confianza que tenía, que ninguna dificultad en el mundo lo fuera para él, cuando se atravesara de por medio su servicio; y como los que aquesta gloria merecen son siempre envidiados de los indignos della, no faltó quien oyéndole decir al rey lo dicho, dijo: «señor, pues para que veas que no sale cierto lo que tanto encareces del alcaide, pruébalo en alguna dificultad que lo sea; y por la diligencia que para ello pusiere conocerás de veras las de su alma para contigo.» Fué contentísimo el rey con esto, y dijo: «no sólo quiero mandar cosa que sea dificultosa, mas aun será imposible, y mandándole llamar, le dijo: alcaide, tengo que os encargar una cosa que habeis luego de cumplir, so pena de mi desgracia; y es, que os entregará un carnero bueno y gordo, el cual tendreis en vuestra casa, dándole de comer su ración entera, como siempre se le ha dado, y mas, si mas quisiere, y dentro de un mes me lo habeis de dar flaco.» El pobre moro, que otro no fué siempre su deseo que acertar á servir á su rey, aunque nunca creyó podría salir con un imposible semejante, no por eso desmayó; y

recibiendo el carnero, lo hizo llevar á su casa, segun se lo había mandado; y puesto á imaginar cómo saldría con su deseo, tanto cavó con el pensamiento, que vino á dar en una cosa muy natural, con que facilísimamente cumplió con el precepto. Hizo que le trujesen hechas dos jaulas, ambas de fuerte madera y de igual tamaño, las cuales puso cercanas la una de la otra, y en ellas metió en la una el carnero, y en la otra un lobo. Al carnero le daban su ración cumplidamente; al lobo tan limitada, que siempre padecía hambre, y así con ella, procuraba cuanto podía (sacando la mano por entre las verjas) llegar adonde el carnero estaba, procurando comérselo. El carnero, temeroso de verse tan cercano á su enemigo, aunque comía lo que le daban, hacíale tan mal provecho por el susto que siempre tenía, que no solamente no medraba, empero se vino á poner en los puros huesos. Deste modo lo entregó á su rey, no faltándole á lo por él mandado, ni cayendo de su acostumbrada gracia. Mi cuento sirve al propósito acerca de haberse Fermín enflaquecido en la privanza; pues el temor que tiene de vuesa merced, á quien él tanto desea servir, le hace no medrar.»

Cayó al cómitre tan en gracia lo bien que le truje acomodado el cuento, que me hizo mudar luego de banco, pasándome á su servicio con el cargo de su ropa y mesa, por haberme siempre hallado igual á todo su deseo. No por aquella merced, que para mí fué muy grande, habiendo querido escusarme de las obligaciones de forzado en usar los oficios de galera, dejé (por solo mi gusto) de acudir á ellos; quise saber de mi voluntad lo que alguna vez podrian obligarme de necesidad. Enseñéme á hacer medias de punto, dados finos y falsos, cargándolos de mayor ó menor, haciéndoles dos ases uno en frente de otro, ó dos seises para fulleros que los buscaban desta manera. También aprendí á hacer botones de seda y cerdas de caballo, palillos de dientes muy graciosos y pulidos, con varias invenciones y colores matizados de oro, cosa que yo solo di en ello.

Estando mi peso en este fiel fué necesario salir á Cádiz mi galera por unos árboles y entenas, brea, sebo y otras cosas, que fué aqueste viaje la primera cosa en que trabajé; que como era tan privado del cómitre, no me obligaban á mas de lo que yo quería; y como aquesta faena no fuese á mi parecer trabajosa, por no ir en alcance ó de huida donde importan el trabajo y fuerzas; y por entre puertos de ordinario se boga descansadamente y sin azotes, como por entretenimiento; fui aguantando el remo solo por comenzar á saber lo que aquello era en alguna manera; mas no fué tan poco ni facil, que á causa que traíamos remolcando los árboles y entenas, cuando llegamos á dar fondo no viniese muy bien cansado y sudado, por no querer apartarme de allí ni dar ocasion á murmuración, dejando de la mano lo que una vez quise de mi gusto poner en ella. Fué aquesto causa que con facilidad aquella noche, después de acostado mi amo, me durmiese, dejándome caer como una piedra. Y dilo bien á entender á mis camaradas; pues lo que antes no me habían oído, me sintieron entonces, que fué roncar como un cochino. El traidor de mi banco, el primero, como estaba cerca oyóme, y llamando pasico á otro del mio muy aliado suyo, le dijo su deseo y buena ocasion que había para hurtarme aquel dinerillo: acomodáronse ambos así en la manera del partirlo, como del quitármelo, que hubieran salido muy bien con todo si yo *no tuviera el padre alcaide*.

Quitáronmelo con mucha facilidad, y luego pasó banco, pareciéndoles que haber sido de noche y no sentidos de alguno, teniendo ambos firme la negativa, se quedarían con ello. Después de amanecido, recordados ya todos, yo me levanté algo pesado del sueño, pero ligero de ropa; porque aquel peso que solía tener encima de mi corazón ya no lo sentía, y pesábame mucho que no me pesase;

miré y hallé mi dinero menos, quedé mortal como un difunto, no supe qué hacer: si callaba lo perdía, y si hablaba me lo habían de quitar; ya me hallé desposeido dello de cualquier manera, y entre mi dije: «si quien me lo quitó no me ha de quedar agradecido, y por ello tengo de recibir dél algun beneficio, mejor será que lo goce quien, ya que se quede con ello, no dejará de hacerme algun reconocimiento, y juntamente con esto quedará castigado el que aqueste daño ha querido hacerme; á lo menos comerálo con dolor, cuando no saque dello algun otro provecho.»

Cuando el cómitre se levantó de dormir y le di el vestido, dile larga relacion de mi desgracia, diciéndole cómo había sacado aquellos dinerillos de Sevilla, y juntándolos con lo procedido del vestido que metí en galera, lo cual tenía guardado para socorro de algunas necesidades que suelen ofrecerse, ó para hacer empleo en algo que fuese aprovechado. Enseñéle con esto el falsopeto en que los tenía guardados, que dejaron la señal amoldada, como si fuera cama deliebre, que se había levantado della en aquel punto. Parecióle al cómitre ser evidente verdad la que le decía, y dándome crédito, por solo aquel indicio y amor que me tenía, mandó poner en ejecucion dos bancos de adelante y seis de atrás, donde viniendo el mozo del alguacil con el escandallo, le dieron á cada uno cincuenta palos de hurtamano, que les hicieron levantar los verdugos en alto, dejando los cueros pegados en él. Haciéndosele preguntas á cada uno de por sí, de lo que sabía de vista ó por oídas, y después de bien azotados, los lavaban con sal y vinagre fuerte, fregándoles las heridas, dejándolos tan torcidos y quebrantados, como si no fueran hombres. Cuando sucedió este hurto, acaso no dormía un forzado jitano; y cuando llegó su vez, que lo querían arrizar, dijo que había sentido á su compañero aquella noche antes levantarse, y echándose sobre el otro banco mio, pero que no sabía para qué. Cuando el forzado sintió que hablaban dél y lo cargaban, se puso en pié, diciendo que se le había embarazado el ramal en los del otro banco, y que tenía el pié de la manilla torcido, y se había levantado en pié para desenmarañarla; mas como la razon era flaca, y no tal que pudiera ser admitida por escusa, y mas de quien tan bien los conoce, al momento lo arrizaron, y diéronle muchos palos mas que á los otros.

Y fué tanto el coraje que cobró el cómitre con el mozo del alguacil, porque no se los daba con las ganas que él quisiera, que le mandó dar luego á él otros tantos, demás de otros muchos que le dió de su mano con un arco de pipa. Y con aquella ira volvió luego á mandar arrizar otra vez al delincuente, á quien bastaran los azotes ya pasados; mas cuando se vió arrizar otra vez, creyó del cómitre que lo había de matar á palos hasta que confesase la verdad, y tuvo por bien decirle de plano, quién y cómo tenía el dinero, y la traza que se había tomado para quitármelo, escusándose lo mas que podia, diciendo que bien descuidado estaba él dello, si no lo incitaran. Fué muy mejorado en azotes por su culpa, y volvieron el dinero, que fué de mí muy bien recibido de mano del cómitre, aconsejándome juntamente que lo emplease, aprovechándome dél, que mi comodidad seria muy de su gusto. Iba creciendo como espuma mi buena suerte, por tener á mi amo muy contento. Y queriendo salir las galeras que se habían de juntar con las de Nápoles para cierta jornada, salí á tierra con un soldado de guarda, y empleé mi dinerillo todo en cosas de vivanderos, de que luego en saliendo de allí había de doblarlo, y sucedíome bien.

Hice, con licencia de mi amo, de aquella ganancia un vestidillo á uso de forzado viejo; calzon y almilla de lienzo negro ribeteado, que por ser verano era mas fresco y á propósito. Ya con las desventuras iba comenzando á ver la luz de que gozan los que siguen á la virtud, y protestando con mucha firmeza de morir antes que hacer

cosa baja ni fea; sólo trataba del servicio de mi amo, de su regalo, de la limpieza de su vestido, cama y mesa; de donde vine á considerar, y díjeme una noche á mí mismo: «ves aquí, Guzman, la cumbre del monte de las miserias, adonde te ha subido tu torpe sensualidad; ya estás arriba, y para dar un salto en lo profundo de los infiernos, ó para con facilidad, alzando el brazo, alcanzar el cielo. Ya ves la solicitud que tienes en servir á tu señor por temor de los azotes, que dados hoy no se sienten á dos dias. Andas desvelado, ansioso, cuidadoso, solícito en buscar invenciones con que acariciarlo, para ganarle la gracia, que cuando conseguida la tengas, es de un hombre y cómitre. Pues sabes tú, que no lo ignoras, pues también lo estudiaste, cuánto menos te pide Dios, y cuánto mas tiene que darte, y cuánto mejor amigo es. Acaba de recordar de aqrese sueño; vuelve y mira, que aunque sea verdad haberte traído aquí tus culpas, pon esas penas en lugar que te sean de fruto; búscate caudal para hacer empleo, búscalo ahora, y hazlo de manera que puedas comprar la bienaventuranza. Esos trabajos, eso que padeces y cuidado que tomas en servir á ese tu amo, ponlo á la cuenta de Dios, hazle cargo aun de aquello que has de perder, y recibirlo por su cuenta, bajándolo de la mala tuya. Con eso puedes comprar la gracia, que si antes no tenia precio, pues los méritos de los santos todos no acaudalaron con que poderla comprar, hasta juntarlos con los de Cristo, y para ello se hizo hermano nuestro. ¿Cuál hermano desamparó á su buen hermano? Sirvelo con un suspiro, con una lágrima, con un dolor de corazón, pesándote de haberle ofendido, que dándoselo á él juntará tu caudal con el suyo, y haciéndolo de infinito precio, gozarás de vida eterna.»

En este discurso y otros que nacieron dél, pasé gran rato de la noche, no con pocas lágrimas, con que me quedé dormido, y cuando recordé, halléme otro no yo, ni con aquel corazón viejo que antes; di gracias al Señor, y supliquéle que me tuviese de su mano; luego traté de confesarme á menudo, reformando mi vida, limpiando mi conciencia, con que corrí algunos dias; mas era de carne, á cada paso tropicaba, y muchas veces caía; mas en cuanto al proceder en mis malas costumbres, mucho quedé de allí en adelante renovado, aunque siempre por lo de atrás mal indiciado, no me creyeron jamás: que aquesto mas malo tienen los malos, que vuelven sospechosas aun las buenas obras que hacen, y casi con ellas escandalizan, porque las juzgan por hipocresía.

¶ Dice vulgarmente un refrán, que se sacan por las visperas los días santos. El que quisiere saber cómo le va con Dios, mire cómo lo hace Dios con él, y sabrálo fácilmente. Pones tu diligencia, haces lo que tienes obligación á cristiano, son tus obras de algun mérito, conocerás que recibe Dios tu sacrificio y tiene puestos los ojos en tí; mira si te trata como se trató á sí, que señal segura es que tu Señor te ama cuando del pan que come, del vestido que viste, de la mesa y silla en que se sienta, del vino que bebe y de la cama en que se acuesta, no hace diferencia de la tuya, y todo es uno. ¿Qué tuvo Dios, qué amó Dios, qué padeció Dios? Trabajos. Pues cuando partiere dellos contigo, mucho te quiere: su regalado eres, fiesta te hace, sábela recibir, aprovechándote della; no creas que deja de darte gustos y haciendas, por ser escaso, corto ni avariento; porque si quieres ver lo que queso vale, pon los ojos en quien lo tiene, los moros, los infieles, los herejes. Mas á sus amigos y á sus escogidos, con pobreza, trabajos y persecuciones los banquetea. Si aquesto supiera conocer, y su divina Majestad se sirviera dello, de otra manera saliera yo aprovechado. He lo venido á decir, porque verdaderamente cuando el discurso pasado hice, lo hice muy de corazón, y aunque no digno de poder merecer por ello algun premio, como tan grande pecador, aun por aquella migaja de aquel cornadillo, al

mismo punto tuve la paga; luego comenzaron á nacerme nuevas persecuciones y trabajos. A Dios pluguiera que como debía lo considerara; sacóme de aquel regalo, comencóme á dar toques y aldadadas, perdiendo aquella pequeña sombra de yedra, secóseme, nacióme un gusano en la raíz, con que hube de quedar á la fuerza del sol padeciendo nuevas calamidades y trabajos, por donde no pensé, sin culpa ni rastro della; y son estos, para quien sabe conocerlos, el tesoro escondido en el campo. Y pues hasta aquí llegaste de tu gusto, oye agora por el mio lo poco que resta de mis desdichas, á que daré fin en el siguiente capítulo. ¶

CAPITULO IX.

Prosigue Guzmán lo que le sucedió en las galeras, y el medio que tuvo para salir libre dellas.

¶ Hubo un famoso pintor, tan estremado en su arte, que no se le conocía segundo; y á fama de sus obras entró en su obrador un caballero rico, y concertóse con él que le pintase un hermoso caballo bien aderezado, que iba huyendo suelto. Hizolo el pintor con toda la perfeccion que pudo, y teniéndolo acabado, púsole donde se pudiera jugar brevemente. Cuando vino el dueño á querer visitar su obra y saber el estado en que la tenian, enseñósele el pintor, diciendo tenerla ya hecha; y como cuando se puso á secar la tabla, no reparó el maestro en ponerla mas de una manera que de otra, estaba con los pies arriba y la silla debajo. El caballero cuando lo vió, pareciéndole no ser aquello lo que le habia pedido, dijo: «señor maestro, el caballo que yo quiero ha de ser que vaya corriendo, y aqueste antes parece que se está revolcando.» El discreto pintor le respondió: «señor, vuesa merced sabe poco de pintura, ella está como se pretende, vuélvase la tabla.» Volvieron la pintura lo de abajo arriba, y el dueño quedó contentísimo, tanto de la buena obra, como de haber conocido su engaño. Si se consideran las obras de Dios, muchas veces nos parecerán al caballo que se revuelca; empero si volviésemos la tabla hecha por el soberano artífice, halláramos que aquello es lo que se pide, y que la obra está con toda su perfeccion. Hácenseos (como poco ha decíamos) los trabajos ásperos, desconocémoslos, porque se nos entiende poco dellos; mas cuando el que nos los envia enseña la misericordia que tiene guardada en ellos, y los viéremos al derecho, los tendremos por gustos. De cuantos forzados habia en la galera, ninguno me igualaba, tanto en bien tratado, de como contento en saber que daba gusto; desclavóse la rueda, dió vuelta conmigo por desusado modo, nunca visto. ¶

Acertó en este tiempo á venir á profesar en galera un caballero del apellido del capitán della, y aun se trataban por parientes: era rico, tratábase bien, y traía una gruesa cadena de oro al cuello á uso de soldados, casi como la que algun tiempo tuve. Hacia plato en la popa, tenia un muy lucido aparador de plata y criados de su servicio bien aderezados, y al segundo dia de su embarcacion le faltaron de la cadena diez y ocho esclavones, que sin duda valian cincuenta escudos. Túvose por cierto lo habria hecho alguno de sus criados, porque cuantos entraban en la cámara de popa eran personas conocidas, carecientes de toda sospecha. Mas con todo esto azotaron á todos los criados del capitán en caso de duda, y no parecieron para siempre, ni se tuvo rastro de quien ó cómo les hubiese llevado. Y para escusar adelante otro semejante suceso, le dijo el capitán á su pariente, que lo mas acertado seria para el tiempo que su merced allí estuviese, dar cargo de sus vestidos y joyas á un forzado de satisfacion, que con cuidado lo tuviese limpio y bien acomodado, porque á ninguno se le daría por cuenta que se atreviese á hacer falta en un caballo. Al caballero le pareció muy bien, y andando buscando quién de todos los de la galera seria suficiente para ello, no hallaron otro que á mí, por la sa-

tisfacion de mi entendimiento, buen servicio, y estar bien tratado y limpio. Cuando le dijeron mis partes, y supo ser entretenedor y gracioso, no via ya la hora de que me pasasen á popa. Llamaron al cómitre, y habiéndome pedido no pudo no darme, aunque lo sintió mucho, por lo bien que conmigo se hallaba; echáronme un ramal bien largo, y cuando el caballero me tuvo en su presencia, holgóse de verme y tratarme, porque correspondian mucho mi talle, rostro y obras; enfadóse de verme asido como si fuera mona, pidióle al capitán me pusiese una sola manilla, y así se hizo. Desta manera quedé mas ágil para poderle mejor servir, así comiendo á la mesa, como dentro del aposento, y mas partes que se ofrecia de la galera. Entregáronme por inventario su ropa y joyas, de que siempre di muy buena cuenta; y de quien él y yo teniamos menos confianza y mas recelaba, era de sus criados; porque como ya me hubiese hecho cargo de la recámara, con facilidad tendrian excusa en lo que pudiesen hurtarme á su salvo.

Ellos dormian con el capellán en el escandelar, y el caballero en una banca del escandelarete de popa, y yo en la despensilla della, donde tenia guardadas algunas cosas de regalo y bastimento. Yo me hallaba muy bien, bien que trabajaba mucho, mas érame de mucho gusto tener á la mano algunas cosas con que poder hacer amistades á Soto mi camarada, nunca dió lugar por donde yo pudiera entrarle; deseábale todo bien, y hacíame cuanto mal podía, desacreditándome, diciendo cosas y embebecos del tiempo que fuimos presos, y él supo mios en la prision. De manera, que aunque ya yo cuanto para conmigo sabia que estaba muy reformado, para los que lo oían, cada uno tomaba las cosas como queria, y cuando hiciera milagros, habian de ser en virtud de Bercebut. El era mi cuchillo, sin dejar pasar ocasion en que no lo mostrase; mas no por eso me oyeron decir dél palabra fea ni darme por sentido de cuanto de mí dijese. De todo se me daba un clavo, sólo mi cuidado era atender al servicio de mi amo, por serle agradable, pareciéndome que podría ser (por él ó por otro, con mi buen servicio) alcanzar algun tiempo libertad. Cuando venia de fuera, salíalo á recibir á la escala, dábale la mano á la salida del esquiife; haciale palillos para sobre mesa, de grandísima curiosidad, y tanta, que aun enviaba fuera presentados algunos dellos; traíale la plata y mas vasos de la bebida tan limpios y aseados, que daba contento mirarlos; el vino y agua fresca, mullida la lana de los traspontines; el rancho tan aseado, de manera que no habia en todo él ni se hallara una pulga ni otro algun animalejo su semejante; porque lo que me sobraba del dia, me ocupaba en solo andar á caza dellos, tapando los agujeros de donde aun tenia sospecha que se pudieran criar, no solo porque careciese dellos, mas aun de todo su mal olor.

Tanta fué mi buena diligencia, tan agradable mi trato, que dejaba mi amo de conversar con sus criados, y muy de su espacio parlaba conmigo cosas graves de importancia. Pero hacia en esto lo que los destiladores: alambicábame; y cuando habia sacado la sustancia que deseaba, retirábase, ó por mejor decir, se recelaba de mí, que no las tenia todas cabales, por la mala voz con que Soto me publicaba por malo. Empero con todo su mal decir, procuraba yo bien hacer, tanto por sacarlo mentiroso, cuanto porque ya no habia de tratar de otra cosa, por la resolucion tomada de mí en este caso. Contábale cuentos donosos á la mesa las noches y siestas, procurando tenerlo siempre alegre; y en especial habia dado en melancolizarse unos pocos de dias antes, por haber tenido una carta de un personaje grave, á quien él tenia mucha obligacion, el cual en su vida se habia querido casar, y apretaba mucho por casarlo, y como así lo viesse fatigado, preguntándole la causa de su pesadumbre, me

la dijo, y aun me pidió consejo de lo que haria en el caso. Yo le respondí: «señor, lo que me parece que se le podría responder á quien tanto huyó de casarse, y quiere obligar á otro que lo haga, es, que vuestra merced lo hará, si le diere por mujer á una de sus hijas.»

A mi amo le satisfizo mucho mi consejo, determinando tomarlo como se lo daba; y pasando adelante la plática en cuanto se hacia hora de comer, me preguntó le dijese, como quien dos veces habia sido casado, ¿qué vida era y cómo se pasaba? Respondíle: «señor, el buen matrimonio de paz, donde hay amor igual, y conforme condicion, es una gloria, es gozar en la tierra del cielo; es un estado para los que lo eligen, deseando salvarse con él, de tanta perfeccion, de tanto gusto y consuelo, que para tratar dél seria necesario referirse de boca de uno de los tales. Mas quien como yo hice del matrimonio granjeria, no sabré qué responder tampoco, sino que pago aquel pecado con esta pena. Mujeres hay que verdaderamente reducirán á buen término y costumbres, con su sagacidad y blandura, los hombres mas perversos y desalmados que tiene la tierra; y otras por el contrario, que harán perder la paciencia y sufrimiento al mas concertado y santo. Véase por Job el estado en que la suya lo puso, cómo lo persiguió, y cuánto le importó asirse de Dios para solo defenderse della, mas que de todas las mas persecuciones; y así estando en cierta conversacion tres amigos, dijo el uno: «dichoso aquel que pudo acertar á casar con buena mujer.» El otro respondió: «harto mas dichoso es el que la perdió presto, si la tuvo mala.» Y el tercero dijo: «por mucho mas dichoso tengo al que ni la tuvo buena ni mala.» Lo que aprieta una mujer importuna y de mala gestion, dígalo el provenzal, que cansado ya de sufrir la suya, y no teniendo modo ni ciencia para corregirla, por escabullirse della sin escándalo, acordó de irse á holgar con toda su casa y gente á una hacienda que tenia en el campo, para la cual se habia de pasar por una ladera de un monte que pasa por junto del Ródano, río caudaloso, que por aquella parte, por ser estrecha y pasar por entre dos montes, va muy hondo y con furiosa corriente. Acordó tener tres dias que no bebió gota de agua una mula en que su mujer habia de ir, y cuando llegaron á parte que la mula divisó el agua, no fueron poderosos detenerla, que bajándose por la ladera abajo, de una en otra peña, procurando con grandísima instancia el agua, llegó al río, de donde no siendo posible volver á subir ni tenerse, fué forzoso dar ambos dentro dél, quedando la mujer ahogada, y la mula salió á nado con mucha dificultad lejos de allí, tan cansada y sin tiento, que no podia tenerse sobre sus pies. Para los que nunca supieron del matrimonio, y lo desean, pudiérase traer á propósito lo que les pasó á los tordos un verano después de la cria. Juntóse dellos una bandada espesa que cubrian los aires, y hecha compañía se partieron juntos á buscar la vida; llegaron á un país de muchas huertas, con frutales y frescuras, donde se quisieron quedar, pareciéndoles lugar de mucha recreacion y mantenimientos; mas cuando los moradores de aquella tierra los vieron, armaron redes, pusieronles lazos, y poco á poco los iban destruyendo. Viéndose pues los tordos perseguidos, buscaron otro lugar á su propósito, y halláronlo tal como el pasado, mas acontecióles también lo mismo, y también huyeron con miedo del peligro. Desta manera peregrinaron por muchas partes, hasta que casi todos ya gastados, los pocos que dellos quedaron, acordaron de volverse á su natural. Cuando sus compañeros los vieron llegar tan gordos y hermosos, les dijeron: «ah, dichosos vosotros, y míseros de nos que aquí nos estuvimos, y cuales veis estamos flacos; vosotros venis que da contento veros la pluma relucida, medrados de carne, que ya no podeis de gordos volar con ella, y nosotros cayéndonos de pura hambre.» A esto les respondieron los bien venidos: «vosotros no considerais mas de la gor-